

## Séptima Conferencia. 27 de septiembre de 1916.



George Groddeck  
Biblioteca de Psicología Profunda.  
Editorial Paidós. 1983.

La última vez expuse cómo actúa la lactancia natural sobre la madre y el hijo y qué fecundo resulta este acontecimiento para la existencia humana. Una vez vista la importancia que tiene este acto durante toda la vida, quisiera reconsiderar otros aspectos diversos. En primer lugar me gustaría llamar la atención sobre el culto de la Madona, que desempeñó un papel tan grande durante la Edad Media. Puede relacionárselo con el acto de mamar, que deja impresiones imborrables; esto explica su enorme influencia en el campo cultural, expresada a lo largo de todo el desarrollo artístico. En las imágenes de la Madona lo más notable son los atributos de las diversas advocaciones, que siempre poseen un significado simbólico. Citaré la Madona coronada de frutas, La Madona de la pera, la del pájaro, etcétera. En la Antigüedad encontramos la misma relación entre las representaciones míticas y el acto de mamar. Además me gustaría llamar la atención sobre otro hecho, que constituye un fenómeno de transición en la delicada trama de la vida humana, pese a la incomodidad que experimento ante la gran dificultad de hacerme comprender sin dar lugar a interpretaciones y sin provocar más mal que bien. La transición a que me refiero es la costumbre que tienen los niños de chuparse el dedo, íntimamente relacionada con el recuerdo del tiempo en que recibían el alimento del pecho materno. La succión del dedo, que casi siempre se les prohíbe severamente a los niños, no es una mala costumbre, sino una acción sustitutiva. El dedo ha pasado a ser en ellos el sustituto por medio del cual pueden proporcionarse, no el placer del alimento claro está, sino el goce del acto mismo de mamar, la satisfacción de englobar con los labios. Es un hábito al que debe prestarse suma atención. En la lactancia, no sólo es decisivo el aporte de alimento, sino también la excitación, el sentimiento de felicidad deparado por el hecho de que los labios engloban algo. En el ser humano las cosas no son en absoluto tan sencillas como pretende la ciencia. La transición de la succión del dedo al beso, que en la vida de los europeos desempeña un gran papel, es fácil de captar y hay que tomarla en consideración. He descubierto que este principio es fundamental; “podemos considerar la infancia como una larga preparación para poder resistir en la vida y madurar para Eros”. El tiempo es utilizado de las más diversas maneras con el fin de crear las bases para la construcción de la vida. Quiero tratar de exponer mis puntos de vista a este respecto. Insisto en que estoy convencido de que la infancia en su conjunto sirve esencialmente a esta finalidad: hacer del ser humano una criatura capaz de amar y expresar la fuerza del amor por medio de creaciones, actos, sensaciones y afectos humanos de todo tipo. No sé si habré logrado hacerles comprender cómo entiendo todo esto; son puntos de vista que nadie comparte conmigo, en estos momentos. Desearía continuar ahora con la más importante y fuerte pulsión que existe, y de la cual no es fácil hablar. He querido hacer comprender el período de lactancia, con este acontecimiento entran en relación innumerables aspectos del llamado amor materno. Pero no es el único punto, ni tampoco el más importante. Cambiar la ropa al niño, bañarlo, lavarlo y secarlo es muy importante. El niño tiene mojados los pañales; está acostado sobre la humedad. Se lo desfaja, se lo lava y se lo seca: éste es el proceso exterior. Mientras la orina conserva su temperatura, al niño no le desagrade; por el contrario, siente alivio en la vejiga; ya no tiene algo incómodo en el vientre, y además se siente de nuevo trasladado al líquido del cuerpo materno. Esto cambia en el momento en que disminuye el calor del cuerpo y siente la impresión del frío. Entonces el niño rompe a llorar. Le cambian; es el segundo acto agradable. La atención el niño se dirige así al hecho de que orinarse resulta agradable y lo que sigue es aún más. Le han sacado de la pesada colcha, bajo la cual apenas puede moverse, y está libre;

ahora puede moverse y patear. A ello hay que añadir la circunstancia de que su cuerpo es llevado entre las manos de la madre; las largas manos adultas tocan su piel, y este contacto comienza a desempeñar un papel. Después llegan el aseo y el secado, con lo que ocurre un hecho interesante. La madre no puede evitarlo, se ve obligada a excitar las partes sexuales del niño. Debe frotarlas con una esponja o un trapo, y luego debe secarlas; no puede soslayar esta especial obligación impuesta por la naturaleza. Se piensa que el niño no lo siente, y que la madre tampoco. Es un error. Ella siente la emoción y el niño mucho más. Esta sensación tiene lugar varias veces al día, y durante un año más o menos. Es ley de la naturaleza: la madre debe iniciar al niño en la excitación sexual. Es un fenómeno tan increíble, que se piensa ante todo que no tiene ni el derecho de rozar nuestros pensamientos, pero a pesar de todo ahí está: es el fundamento del amor materno; es incluso el fundamento de la vida en su totalidad. Sería dichoso que las frases hechas, sentimentales y dulzonas, cedieran su lugar a las normas naturales, y que las madres advirtieran que son *ellas* quienes preparan a los niños para la relación sexual. Lo hacen durante algunos años, y luego consideran que es suficiente, que deben inculcar a sus hijos la idea de que aquello es un pecado horrible, y hacen de lo natural algo antinatural. Hay en ello una terrible contradicción. Si consideramos esto debemos pensar que el mundo no puede continuar así; y si uno se engaña tanto, si de la ley natural se hace algo perverso, anormal, entonces una humanidad que sustenta puntos de vista tan falsos habrá de machar a su perdición. Uno de los hechos más curiosos es que las mayores emociones sexuales parten de un lugar que nos parece repugnante y sucio. ¿Por qué las excreciones están situadas precisamente en ese lugar, junto a lo más sagrado que tiene el ser humano, es decir, el amor? Es una equivalencia y a la vez un medio de protección del que el individuo no puede apartarse. De un modo general uno puede estar seguro de que la naturaleza no es tan estúpida como para crear una pulsión tan fuerte sin contrarrestarla, y por ello ésta se halla situada en un lugar que nos resulta repulsivo. A causa de la suciedad de ese lugar la madre, o quien se ocupa del niño, está obligada a estimular esta pulsión en él. Pero el problema es por qué se despierta tan precozmente la pulsión. ¿Por qué el niño aprende desde las primeras horas de su nacimiento que el frotamiento de sus partes sexuales es agradable? ¿Por qué ha de ser así? A partir de esto llegamos a la idea de que lo dominante en el ser humano es, a pesar de todo y en primer lugar, la pulsión que le satisface. Desarrollando un poco este pensamiento, penetramos en los grandes problemas del egoísmo y el altruismo. Creo que el interés por la satisfacción del prójimo está siempre en segundo lugar, y que en principio el ser humano tiende a satisfacerse a sí mismo. La autosatisfacción es un impulso natural, una pulsión con la cual cada uno puede hacer lo que quiera: tan sólo lleva consigo la responsabilidad de sí mismo. Pero la pulsión ha sido puesta por Dios, por la naturaleza, y no abandona al ser humano en ningún momento de su vida; le acompaña desde el primer instante de la vida hasta la muerte, unas veces es más fuerte y otras más débil. Hasta qué punto el amor a sí mismo pasa a ser lo que denominamos onanismo, masturbación, esto es otro asunto. Lo que quiero poner de relieve aquí, de una vez por todas, es que eso que se llama vicio secreto no es una mala costumbre, sino una costumbre que la madre ha inculcado al niño, y que tiene el deber de inculcar. Nadie, y la madre menos todavía, tiene el derecho de decirle al niño; “es una vergüenza; te vas a echar a perder”. Durante los cuidados hay, efectivamente, momentos en que la madre está obligada a excitar los órganos sexuales del niño, y esto durante años. Luego, el niño llega progresivamente a un estado en que le gusta practicar por sí mismo el juego. Pero el aya o la madre comienzan entonces a inculcarle al niño: “es un pecado, está mal; esto arruina tu salud”. Y esto sucede precisamente en un momento en que el niño comienza a reflexionar. La prohibición tiene lugar en un momento que escapa a nuestro recuerdo, quizás en el curso del segundo o tercer año. Por eso ya nunca estará el niño en situación de repararlo, y ello queda como una impresión permanente. Lo peor son las circunstancias en que esto se le inculca al niño. En lugar de decirle: “¡Deja eso!”, se le dice, si es varón: “Te voy a cortar esa cosa”, y si es niña: “Voy a cosértelo”. O también: “Te vas a enfermar”. Tan horrible es en un caso como en otro. Para el niño ello significa el primer acontecimiento terrible que vive; así se siembra en él el germen de la desconfianza. Surge un conflicto que seguramente actúa de una manera devastadora en él. Y únicamente fuertes compensaciones serán capaces de reparar la lesión y hacer que el niño conserve su salud. Para colmo la amenaza de mutilación o de enfermedad no se le formula al niño intencionadamente; los educadores le hablan así impulsados por su propia angustia, por esa angustia que se ha acumulado en ellos durante años y años, pues también ellos han pasado por esa lucha entre la pulsión de autosatisfacción y el pensamiento moral.

Al decir esto no quiero parecer el defensor de la masturbación, pero la vida me ha enseñado que ésta y su práctica temporal no son tan sólo una necesidad, sino que gran parte de toda cultura y de todo progreso ético descansan en ella. El término onanismo ha sido tomado de la Biblia, de los textos judíos de la Ley, y hace referencia a un relato vinculado con la legislación judía. La ley imponía que la viuda de un hombre estéril tuviera la seguridad de una descendencia por medio de sus parientes más cercanos, sus hermanos. Si el primer hermano no podía, debía intentarlo el segundo, y así sucesivamente. Es una ley que aún podía encontrarse vigente en diferentes lugares a lo largo de la Edad Media y que no causaría daño alguno si todavía hoy tuviera vigencia. El hecho de que esta ley no rija ya en nuestros días arroja una luz especial sobre los grandes cambios que se han dado en las concepciones éticas y morales. Antaño, la descendencia se debía conservar de una u otra forma; hoy estamos sin fuego ni hogar y no tenemos conciencia de nuestras responsabilidades de cara a nuestra simiente. En la Biblia se cuenta que un hombre llamado Onán debía dejar preñada a la viuda de su hermano, pero, en lugar de derramar su esperma en ella, lo derramó en el suelo. Pero en este caso, el pecado no estaba en acto, sino en la violación de la ley, y esto se castigaba con la muerte. Resulta absurdo, entonces, a raíz de ese incidente de la Biblia en aplicar el término onanismo: haríamos bien en olvidarlo. El pecado y el castigo de la autosatisfacción no tienen nada que ver con Onán. Pero a consecuencia de este relato lo que ha quedado en la cabeza de la gente es el castigo. Una vez que se conozca la historia original tal vez se pierda la idea de que uno puede enfermarse, de que es un pecado contra el Espíritu Santo, e incluso llegue a decirse que toda esta concepción no es justa. El asunto hay que considerarlo desde otro punto de vista: preguntarse si toda una serie de actos sexuales que practica el ser humano no son siempre autosatisfacciones. Entonces llegamos a la conclusión de que, en esencia, todo está relacionado con ello, y que no hay en el mundo nada que no vaya ligado al deseo de proporcionarse satisfacción a sí mismo. Es lo que revela la leyenda griega de Narciso. Narciso es un adolescente que se enamora de su propia imagen, reflejada en las aguas de una fuente. La leyenda menciona también a una ninfa llamada Eco. Si nos paramos a considerar esta leyenda, repararemos en el hecho que los griegos sugieren claramente en su mito: el espejo es una imagen del amor a sí mismo, de un ser humano con impulsos onanistas. Hay que creérselo y luego convencerse de que es exacto. Nunca se habría inventado el espejo si uno no se amara a sí mismo, y no tuviera el deseo de ver su propio yo. Valdría la pena imaginarse qué sería el mundo si no hubiera espejos, si el ser humano no pudiera aprender a conocerse exteriormente. Las cosas estarían entonces en un triste estado, y al quedar limitados a lo que dicen los demás, se produciría una pérdida inimaginable en las manifestaciones de la cultura. En tal caso nadie habría tenido la idea de lavarse o de peinarse y tampoco nuestros semejantes nos causarían agrado, porque uno se ve en sus ojos, uno ve el efecto de sí mismo en los demás: el otro es, a cada instante, un espejo. Es así como las relaciones con los otros están permanentemente vinculadas al impulso de autosatisfacción. No se me hará, creo, reproche alguno por hablar abiertamente de cosas de las que no se habla, o acerca de las cuales se dicen a lo sumo, tonterías. Quisiera rogarles que no cierren sus oídos interiores a estas misteriosas transiciones de Eros.

Además desearía insistir en el asunto del frotamiento. El frotamiento es la actividad habitual del acto de la autosatisfacción; es también lo que provoca el goce sexual. Se pone de manifiesto, sobre todo, al secar al niño; son característicos sus efectos. Quiero tratar de hacerles ver que la electricidad y el fuego tienen probablemente la razón de su origen y de su empleo en esa pulsión. Son aspectos simbólicos que intervienen profundamente en la vida del alma del individuo. En la escuela se nos enseña que la electricidad surge por frotamiento. La sacudida eléctrica, es decir la descarga de electricidad a través del cuerpo, tiene un parecido sorprendente con el acto amoroso. Siempre se lee en las novelas que el amor hiere a las personas como un rayo, y que acto seguido uno cae en los brazos del otro. En la pintura, la poesía y en otras artes se emplea la tormenta como el símbolo más fuerte del amor; por ejemplo, en *Hermann y Dorothea*, creo que Goethe lo introdujo con toda intención. Los artistas utilizan la tormenta para introducir el estado de trance amoroso, para inducir esta convicción: ahora debe sobrevenir la sacudida eléctrica, el frotamiento. También se nos enseña que la tormenta se produce por el frotamiento del agua en el aire. Por otra parte cabe observar que a muchas personas les hace sufrir la proximidad de las tempestades y que su estallido las libera. La secuencia de las tormentas es la misma que la del acto amoroso, y hasta el trueno se hace presente cuando los enamorados discuten. La relación entre electricidad y vida sexual es asimismo observable en el tranvía eléctrico. Muchas personas son víctimas del vértigo cuando ven un tranvía. La mayor parte de ellos no pueden

explicárselo, pero muchas de ellas se precipitan directamente hacia el tranvía. Los accidentes con coches eléctricos alcanzan un número mucho mayor que el de los accidentes automovilísticos. Tienen su origen en una confusión provocada por la angustia sexual, porque resulta terrible realizar en la calle una excitación sexual cuando otras personas pueden observarlo. Otro tanto ocurre al descender del tranvía. Mucha gente desciende atropelladamente; las mujeres sobre todo, pero también los hombres. La mujer está a punto de bajar y entonces se le pasa por la mente: “eléctrico”; desciende atropelladamente y cae. Siempre se halla la relación con una inclinación o excitación amorosa. A ello hay que añadir también el olvido de paquetes en el tranvía. El paquete es el niño que es preferible no tener; por eso se lo deja olvidado. Las lámparas eléctricas también son curiosas; si se considera su forma, se advierte que se parecen enormemente a los órganos sexuales del ser humano, que son una asombrosa reproducción de éstos. En el caso de las lámparas de gas no resulta tan evidente. Y con el fuego sucede la misma historia que con la luz; pero de esto hablaré la próxima vez. Es difícil abordar sinceramente estas cosas, porque no podemos evitar un sentimiento de vergüenza; esto es sin duda una consecuencia de nuestra civilización, pues si observamos a la población campesina, que es la mejor y más vigorosa que tenemos entre nosotros, veremos que encaran estos problemas de modo muy distinto y que la vergüenza, es decir, el elemento que hace enfermar, desaparece.

*Observación agregada posteriormente* . El conocimiento de los efectos eléctricos se remonta a la Biblia. El Arca de la Alianza no era otra cosa que una botella de Leyden; el manto del sacerdote, el equivalente a un manto moderno de protección. Esto explica asimismo el efecto peligroso y mortal del Arca de la Alianza sobre todos cuantos se acercaba a ella sin protección.

*Volver a Publicaciones de Groddeck*  
*Volver a Newsletter 11-ex-37*